

# Clara Morey

Pancho

A decorative graphic at the bottom of the page consisting of several overlapping, wavy lines in shades of blue, yellow, and red, creating a colorful, abstract border.

Cuando abrió los ojos, Clarita vio cómo las gotas de agua resbalaban por su pie alzado, hasta caer otra vez dentro de la bañera. Se veían las uñas del pie totalmente simétricas, y unas piernas perfectamente morenas, de ese tono de color luminoso. Suspiró. Miró el carrillón sueco del baño, y vio que marcaban las cinco y media. Tenía la audición a las siete, y le faltaba vestirse y maquillarse. Siguió insomne en la ducha, pensando mientras miraba hacia la ventana de la pieza. Se podía oír el murmullo de Florencia, con sus Vespas sonando estrepitosas, el bullicio de media tarde, todo eso que le parecía delicioso a Clara por el simple hecho de estar en un país extranjero. Finalmente, sacó sus brazos del agua con espuma, y se incorporó agarrándose a los laterales de la bañera nacarada. Con un desliz, salió goteando del baño y agarró su albornoz rojo, con tira de color morado oscuro y se envolvió. Se calzó sus babuchas y le quitó el tapón a la bañera. Todo ese bullicio de Florencia se vio tapado por el sonido del sumidero sorbiendo el agua.

Estuvo como media hora eligiendo vestidos, y ninguno era lo suficientemente bueno para Clara. Le pareció insulsa la forma en la que despreciaba los vestidos, reposándolos encima de su cama, como si los hubiera matado y los dejara descansar en paz.

Finalmente se decidió por un vestido amarillo con un lazo verde a la cintura, y otro pequeño en su cabeza de largos filamentos rubios. Llevaba unas bambalinas de cuero y unas medias transparentes. En su mirada de ojos azules se podía averiguar que estaba radiante.

Ella había nacido lejos de la capital porteña, pero aún así siempre se sintió orgullosa de su credo argentino, como si de una tradición de familias se tratara. Eso le sirvió en su carrera, cuando comenzó a destacar como voz solista a los catorce años. Realmente, a ella en un inicio no le gustaba la ópera, pero pronto supo apreciar esa pasión desgranada que le surgía de su interior con cada stacatto sostenido, podía sentir las moléculas de polvo vibrar a cada desafiante parrafada en italiano. Era ella la reina sofocante bajo los focos, la que controlaba la respiración y el diafragma para dar un sonido limpio a una obra de Verdi, de Puccini, o de Mozart. A sus diecisiete años, Clara Morey se había convertido en una estrella internacional de la ópera.

Se dejaban caer unos mechones rubios con dejes castaños, unos mofletes hinchaditos y colorados, y unos párpados siempre a medio cerrar que inspiraban una mirada risueña de despiste. Siempre parecía vivir en su mundo. Pero eso a los productores teatrales nunca les importaba, ni eso ni si los corsés para El Rapto del Serrallo le quedaban bien o afectaban a la modulación de la voz.

En el fondo, Clarita seguía siendo una niña, que había viajado mucho, cierto, debido a su gran condición de talento. Algunas veces, cuando viajaba en el barco de desplazamiento transatlántico, había pensado si ese gran poder era realmente una maldición concentrada en su voz, que no le dejaba tener infancia ni sinceridad. Cuántas veces hubiera ella vacilado, agarrada al barandal, en tirarse al mar con ropa, dejarse llevar por el Atlántico y mecerse con las tortugas y peces voladores. Ser simple, no más, una ola más en toda esa odisea, en ese vaivén.

Pero no, los padres habían gastado demasiada plata en las clases de italiano y de canto desde que tenía cinco años. Estaba obligada a ser una gran artista, pero ella nunca había dejado que la matara esa presión incondicional.

Se terminó de vestir, y seguidamente el ama de llaves le tocó la puerta para ver si estaba lista.

Clarita, querida, ¿estas ya preparada? Tenés el auto esperándote en doble fila.

La señora Finezzi, un ama de llaves algo gorda y cascada, apreciaba mucho a Clara. Y Clara también a ella, la había querido como la hija que nunca pudo tener. Siempre la mimaba con sus postres de manjar, y esas rebanadas con mermelada de arándanos con las que la pequeña soprano rebañaba las tardes.

Si, ya, recién me bañe y me falta aclararme el pelo, dame cinco minutos y salgo.

Bueh, está bien, querida. No hagás rabiar a Esteban, y menos a tu padre.

Diciendo esto, salió de la habitación, y dejó a Clara colocarse el lazo delante del espejo. Una vez más, miró alrededor de la desordenada habitación de la pensión. Tenía sus libros esparcidos por todo el piso de madera, y sus útiles estaban ordenados con la precisión de un completo desastre.

Al bajar a la calle, vio a Esteban, con su gorra calada negra, mientras le apuraba una sonrisa a la joven y bajaba para ofrecerle a abrirle la puerta.

- No te molestes, Esteban. Solo apurá por favor, quiero llegar bien a la audición – dijo Clara. Deslizó la puerta y se introdujo en el auto, el cual rechinó un poco por el pavimento. Suavemente, se deslizó por las calles de la vía Cesare Battisti, donde se veía reposar toda la luz de la tarde. Los puestos estaban cerrando ya, estaba anocheciendo, y una ligera brumilla se filtraba por la Toscana. Esteban fue a girar por la calle de la Colonna, pero se encontró que estaba de obras, así que avanzó una cuadra hasta la Via degli Alfani. Como era dirección contraria, Clarita estuvo de acuerdo en que bajara aquí y se recorriera la calle a pie hasta la puerta. La encontró una calle corta y escueta, le recordaron a algunos barrios de Buenos Aires, quizás un ligero toque a suburbio porteño. Pero fue la simpleza lo que la mató.

Recorrió la calle llena de comercios, parándose en algunos centros Self Service, viendo cómo la comida estaba expuesta en escaparates. Se acordó entonces que no había tomado nada desde el almuerzo y tenía un hambre de mil demonios.

Al fin llegó a la humilde puerta del Teatro della Pérgola, donde la estaban esperando. Un acomodador le indicó hacia qué sala dirigirse, y finalmente encontró una puerta escueta de caoba con un manillar de cobre. Tocó y giró el manillar, y pudo sentir la calefacción al entrar en el teatro. Vio que había dos o tres señores dispuestos en la quinta fila, lo que era lo normal, y una larga fila de féminas esperando para subir a escena.

Entonces oyó una nota simple. Un mi sostenido. Una chica morena con medias estaba cantando una nota limpia, solo que el sonido provenía de los pulmones. Casi no se podía notar la diferencia, pero Clara sabía que esa nota no la podría aguantar durante mucho tiempo. Duró solo ocho segundos, no le sirvió de mucho cortar el aire. En fin, decidió ponerse a la cola con su cara de niña rubia y su lacito a juego. Mientras veía derramarse en el parqué los sueños rotos de las que fallaban, se preguntó cuál es el precio que estaría la gente dispuesta a pagar por el éxito. Le extrañó que, de una forma tan bruta, el ser humano tuviera la tendencia a convertir todo aquello en lo que destacara en una forma de honor, de regalarse el valor a sí mismo envuelto en un pedazo de dosel rosa.

También vio los largos butacones del pequeño teatro. Los focos iluminando su iris, encendidos a media luz, ya que para las audiciones no iba a desplegar todo su esplendor para una actuación de fantoches. Clara sabía que no era una fanteche, que su gran talento iba acompañado de un arma mortal de doble filo: su ego argentino.

No era como para desplomarse por el simple hecho de haber perdido, siempre había algún motivo para que Clara fuera la mejor, y si no existía se inventaba.

Pero lo cierto es que realmente nunca había fallado. Nunca le habían cerrado esa pesada puerta de la derrota, ni le habían dicho que no entraba en una audición. El fracaso sonaba lejano, como un cuento de hadas antes de irse a dormir.

- Ragazza, andiamo! – dijo una mujer canosa sentada al lado del escenario.

La estaban llamando a ella; sin darse cuenta había andado hasta que llegó su turno. Sin vacilar, Clara dio un paso al frente haciendo una reverencia y dijo:

- Il barbiere di Siviglia.

Volvió a su posición original, colocó las manos en la parte inferior de su abdomen, cogió aire y lanzó la primera estocada.

Sonó solo ese La para comprobar la voz, y cuando lo cerró la audiencia de la sala respondió con los restos de su canto. Enseguida prosiguió con el texto en italiano en su voz danzante, con sus gorgoritos de tenor profesional. Tenía la mirada perdida y fija en algún punto del teatro; era su forma de concentrarse.

Terminó de forma impecable con un Fa que acabó en un mar de silencio expectante. Los tres revisores se miraron, y la señora canosa dijo en un italiano elegante:

- Muy bien, no hace falta que busquemos más a una Cossete. Tenemos lo que estamos buscando. Preséntate a los ensayos que empiezan el próximo jueves.

Clara asintió con una sonrisa tibia, y salió haciendo sonar con retintín el talón de su calzado. Eso era recochineo argentino.

No se sentía la mujer más feliz del mundo, era ya casi una rutina.

Clara tuvo que tomar enseguida el siguiente barco a Buenos Aires. Tuvo que resignarse a dejar de actuar en una opereta en La Toscana. La reclamaba su querida ciudad. Le habían pedido si podía tocar en un festival de ópera al aire libre en la Plaza de Mayo, para los rioplatenses. Evidentemente, cuando llamaron desde la embajada dijeron que no había una remuneración económica más que la del pasaje transatlántico en buque, pero aún así Clara se sintió muy halagada.

Le gustaba ver ese amplio mar azul, verse bañada en su resplandor. Siempre los mismos pasajes, pero no le cansaban. Le encantaba ese profundo olor a salitre, y ese hedor a brea y a cabo sucio. Esa vez, sin embargo, se vio cansada ávidamente por el sueño, y enseguida se metió en el camarote.

A mitad de un sueño donde ella caminaba por un tablero de ajedrez vestida de princesa, la ama de llaves la despertó

- Clarita, despierta mi amor que tenés que ver el puerto de Buenos Aires.

Enseguida se apuró. Le encantaba siempre la entrada al puerto. Aunque ella era nacida en Córdoba, ese brutal desprecio que tenían demás provincias contra los rioplatenses no era algo que manara de ella. Es más, le encantó siempre el Gran Rex, la Plaza de Mayo, la zona de Temperley... Pero nada estaba más bello aquella noche que el puerto de Buenos Aires. Las luces tintineaban de forma curiosa, y su reflejo se ondulaba en las cambiantes aguas del puerto, de un tono sepia. Estaba amaneciendo. Argentina otra vez, se fijó en la luna, en su lunita cambiante del otro hemisferio. En Europa, al estar en creciente formaba una D de decreciente, la engañaba y se portaba mal con ella. Sin embargo, cuando la luna caía sobre el Mar del Plata, cuando mostraba su verdad de queso orondo, en creciente formaba una llana C. Sin más, sin artilugios astronómicos ni parrafadas de catedrático aburrido.

Tuvo que esperar en el desembarque al lado de las puertas del auto a que su padre comprara el diario.

Nada interesante. El día anterior, día quince de mayo, se había establecido un nuevo sistema en Costa Rica para controlar el tema del diesel. El Boca no jugaba, reparaban la yerba de la Bombonera, que estaba más recomendada que el palo de un chupetín.

Finalmente, el auto salió rampante hacia su casa de las afueras, que realmente estaba a quince minutos del centro de la ciudad misma. Pero aún así demoró tiempo en acicalarse y prepararse para su primera gran actuación para porteños. Se hubiera sentido como en el Rialto, igual. La misma excitación, los mismos nervios. Pero se sentía decidida.

Al llegar, sintió que era una reina. Estaba en mitad de la Plaza, había gente curiosa y expectante, viendo qué era capaz de ofrecer.

Empezó con unos gorgoritos. Para calentar la voz, claro. Luego empezó a soltar notas hondas, a hilarlas en una profunda secuencia. Exaltando cada parte de sí, Clarita Morey se iba poniendo más roja del júbilo. Cuando terminó, Aplaudieron con fervor. Clara sintió como si le hubieran agradecido una carrera musical entera.

Clara vio entonces cómo aviones que cruzaban el cielo empezaban a soltar pequeñas cosas desde el aire. Eran bombas. Se oyó el estrépito de su sonido al descargarlas, y la gente salió despavorida, corriendo en todas las direcciones. Entre todo ese ajeteo, Clarita estaba quieta, en mitad de la Plaza de Mayo, mirando obnubilada con sus ojos azules cómo caían las bombas y explotaban en un chasquido, destruyéndolo todo.

Desde el interior del Ministerio de Guerra, el general Juan Domingo Perón veía cómo el ocaso de Buenos Aires se fundía en una barbarie de luces crepusculares y fuegos de bombardeo. Vió cómo la Casa Rosada, lugar donde él debía estar, se desmigajaba como un mendrugo de pan. No era ni siquiera consciente de que en esa tarde se estaba celebrando un festival de ópera al aire libre.